

LA PALABRA

Y EL HOMBRE REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Guillermo Cuevas
rafacumora@gmail.com
Universidad Veracruzana

Leibniz y China

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 54, octubre-diciembre 2020, pp. 49-53.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección de Editorial
La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Ante la enorme importancia que China representa para el mundo, Gottfried Wilhelm Leibniz se revela como el estudioso de su época que mejor apreció algunos aspectos de la “Ilustración china” que tardaron casi tres siglos en ser valorados por el llamado “Occidente”.

ÓSCAR
GONZÁLEZ-KLAUSSER,
Sociedad Leibniz,
Santiago de Chile

Más allá de cualquier intento por definir el concepto de *genio universal*, inevitable en cualquier ensayo dedicado a Gottfried Wilhelm Leibniz, habrá que empezar afirmando que este notabilísimo jurista, meticuloso bibliotecario, metódico y moroso historiador, sutil matemático, poeta parsimonioso, inquieto aventurero de iniciaciones químicas y alquímicas, fue sin duda un verdadero *genio universal*.

Gottfried Wilhelm lo mismo logró la admiración de algunos de los hombres más ilustres de su tiempo, que la censura de otros, alarmados y poco dispuestos a consentir su irrefrenable dispersión. El libre acceso a la biblioteca paterna le permitió, desde los seis o siete años de edad, explorar historias universales, poetas ilustres y desconocidos, tratados de teología y derecho (su padre fue jurista y profesor de filosofía moral en Leipzig), y antologías de literatura patristica; aprendió latín sin la molesta interferencia de maestros (el propio Leibniz comentó, sin darle mayor importancia, que a los 13 años leía las obras del famoso teólogo y jurista español Francisco Suárez de Toledo, el *Doctor*

LEIBNIZ Y CHINA

Guillermo Cuevas

Al establecer comunicación con viajeros que habían estado en China, en particular misioneros de la Compañía de Jesús, Leibniz pudo conocer algunos de los primeros ensayos de traducción de los clásicos de la literatura y la filosofía de aquel remoto país.

Eximius, como si se tratara de novelas); ingresó a la universidad a los 15; se sumergió en el estudio de los modernos Hobbes, Descartes, Kepler y Galileo, y a los 20 se doctoró en Leyes en la Universidad de Altdorf.

Ajeno a las formalidades sedentarias de la cátedra y la academia, rechazó el cargo que le ofreció la universidad; afín a las formalidades de la corte y la diplomacia, que sabía compatibles con oportunidades de viajar y la cercanía con el poder, encontró su primer empleo burocrático en la corte del Elector de Mainz. A partir de entonces, Leibniz siempre recibiría la protección y el patrocinio de la aristocracia, de la que llegó a ser consejero y asesor político, actividades que favorecieron la desviación de sus talentos por un amplísimo campo de intereses que lo llevó desde el estudio de la geología y los fenómenos atmosféricos, hasta la invención de una máquina aritmética de cálculo, pasando por la construcción de molinos de viento para drenar minas y el cuidado e inspección de fuentes y jardines. En otros momentos se convirtió

en observador acucioso de la fisiología, impulsor incansable de la unidad de católicos y protestantes, rastreador de la lengua original del género humano, promotor de la fundación de un observatorio astronómico y de una sociedad de ciencias en Berlín, lo mismo que de una enciclopedia que aglutinara todo el conocimiento. Figura imprescindible de la historia de la ciencia como uno de los creadores (o descubridores) del cálculo infinitesimal, figura prescindible de la historia de la teología, acaso culminó todo su impresionante edificio filosófico como polémico pastor de *mónadas* y autor de la singular idea de que *este* es el mejor de los mundos posibles, gracias a una providencial *armonía preestablecida*.

Consciente de que los territorios del Sacro Imperio no eran el mejor lugar para progresar en sus intereses matemáticos y filosóficos, Leibniz concibió proyectos (como el de persuadir a Luis XIV de invadir Egipto) que, con la venia de sus superiores, le permitieron desempeñar diversas embajadas en las dos ciudades que mejor favorecían el desarrollo

del arte y de la ciencia: Londres y París, con la posibilidad de encontrar un anhelado desvío hacia La Haya, lugar donde vivía un pensador que le provocaba una fascinación inquietante: un judío, que con infinita paciencia pulía lentes para instrumentos ópticos y escribía en secreto extraños tratados, llamado Baruch Spinoza.



Me parece un singular designio de los hados que la mayor cultura y refinamiento humanos se hayan recogido en los dos extremos de nuestro continente, Europa y China, adornando una en Oriente y otra en Europa, los dos extremos de la Tierra. Quizá la suprema providencia lo haya hecho así para que pueblos tan cultos y distantes se tiendan los brazos hasta alcanzar poco a poco el modo de vida más perfecto.

G. W. LEIBNIZ,
Novissima Sinica, 1697

Número, medida, proporción, simetría, la mente de Leibniz buscó relaciones significativas donde otras solo perciben desorden y aislamiento. Si los estados de Europa vieron en los lejanos territorios de ultramar motivos para incrementar su riqueza, destruir civilizaciones o convertir infieles, formas diabólicas de fomentar la esclavitud de almas y cuerpos, Leibniz pudo intuir, distinguir, en aquellos otros pueblos, diferentes destinos de florecimiento intelectual, inusitados y admirables intentos por explicar el mundo. Al establecer comunicación con viajeros que habían estado en China, en particular misioneros de la Compañía de Jesús, Leibniz pudo conocer algunos de los primeros ensayos

Hacia 1666 Leibniz escribió un “ensayo escolar” que tituló *De Arte Combinatoria*, y desde entonces no dejó de interesarse por toda clase de relaciones y correspondencias numéricas. A finales de 1697 inició un intercambio epistolar con el jesuita Joachim Bouvet, misionero en China, quien relató que había encontrado en la antigua filosofía de aquel imperio ciertos temas que parecían compatibles con algunas de las ideas que ocupaban la atención del pensador alemán.

de traducción de los clásicos de la literatura y la filosofía de aquel remoto país a lenguas europeas, y razonó que una cultura capaz de elaborar productos tan complejos como refinados merecía un amplio examen y la más atenta observación.

Hacia 1666 Leibniz escribió un “ensayo escolar” que tituló *De Arte Combinatoria*, y desde entonces no dejó de interesarse por toda clase de relaciones y correspondencias numéricas. A finales de 1697 inició un intercambio epistolar con el jesuita Joachim Bouvet, misionero en China, quien relató que había encontrado en la antigua filosofía de aquel imperio ciertos temas que parecían compa-

YIN



YANG

Figura 1

tibles con algunas de las ideas que ocupaban la atención del pensador alemán. En una carta escrita hacia noviembre de 1701, Bouvet hacía mención de la *extraordinaria analogía* que mostraba el sistema binario de numeración, propuesto y promovido por Leibniz, con ciertas combinaciones de líneas que aparecían en un misterioso documento de origen muy antiguo, atribuido a Fuxi (o Fo-hi), legendario “soberano del mundo entero”. Para entonces Leibniz ya había tenido noticia de aquellas asombrosas coincidencias gracias al conocimiento del libro *Confucius Sinarum* (*Confucio, filósofo de China*), del misionero flamenco Philippe Couplet, publicado en París en 1687, y de dos versiones de un extraño tratado filosófico-oracular del que ya se hablaba en algunos círculos religiosos, científicos, históricos y hasta esotéricos de la Europa de finales del siglo XVIII. Se trataba del *I Ching. El libro de los cambios*, o *Libro de las mutaciones*. Como tantas otras grandes invenciones humanas, acaso también como tantos otros principios o leyes que –suponemos– darán respuesta a las preguntas últimas de la filosofía o de la ciencia, el *I Ching* se origina en una propuesta en apariencia muy simple: la explicación de todo lo que existe a partir de solo dos elementos, dominios o dimensiones; reinos, clases, espacios o cantidades que pueden expresarse o representarse con un número interminable de metáforas: cielo y tierra, noche y



Figura 2

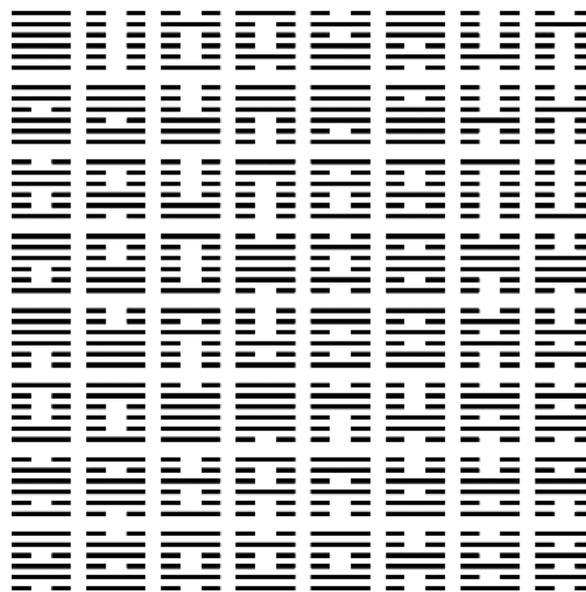


Figura 3

día, agua y fuego, macho y hembra, luz y sombra, bien y mal, a la larga lista podemos agregar las denominaciones chinas *yang* y *yin* (se representa el yang como [-], una línea continua; y el yin como [- -], una línea interrumpida en la mitad) Figura 1.

Presentados por separado, cada elemento queda reducido a la parálisis, al silencio, tal vez a la eternidad: *la noche siempre noche, el fuego siempre fuego, el macho sin la hembra, la hembra sin el macho.*

Con el nacimiento de la pareja surgen el acuerdo y el conflicto, la repulsión y la atracción, la presencia y la ausencia, el cielo y el infierno. Pero no son contrarios, solo manifestaciones del cambio, mutaciones del antes y el después: *de lo alto que se aleja, de lo bajo que regresa; del fuego que se apaga y el agua que se seca.*

A través de un larguísimo proceso, la milenaria sabiduría china amplió las cuatro posibles variaciones de los dos elementos primarios al agregar uno más, jugando con sus diferentes acomodos y obteniendo ocho permutaciones (Figura 2). En otra

fuente muy antigua, el *Libro de los venerables documentos*, leemos: “El mapa del río y los ocho trigramas se remontan a tiempos del reinado de Fuxi, quien vio surgir un caballo-dragón de las aguas del río Amarillo, y a partir de las marcas que este llevaba en el lomo, diseñó los ocho trigramas”. Estas figuras, sus ideogramas, nombres, cualidades e imágenes llegaron a adquirir tantos significados que pronto se integraron a los discursos de la reflexión filosófica, sirvieron como estímulos de la inspiración literaria, o actuaron como mediadores en la aventura de conocer el futuro, la forma de las cosas por venir. Sus nombres e imágenes son: Ch’ien, cielo; K’un, tierra; Chen, trueno; K’an, agua; Ken, montaña; Sun, viento, madera; Li, fuego; Tui, lago. Para lograr otro grado de aproximación a la variedad de los fenómenos de la naturaleza y de la conducta de los seres humanos, la combinación de los ocho trigramas dio origen a los sesenta y cuatro hexagramas (8x8), (Figura 3) que constituyen la parte fundamental del *Libro de los cambios*. Sus hacedores juzgaron que 64 era

la cantidad propicia de posibilidades para ilustrar y establecer un mapa confiable, una guía útil para auxiliar el recorrido de los inciertos caminos que esperan al individuo y a la sociedad. A lo largo de los fascinantes diseños caligráficos de estas 64 figuras, explicadas por mediación de reflexiones morales, meditaciones filosóficas y hermosos hallazgos poéticos, es posible llegar a vincular los infinitos estados cambiantes de la mente con ese otro infinito que escribe, sin nosotros saberlo, todos los destinos.



Para Gottfried Wilhelm Leibniz, el descubrimiento de que en China había aparecido, muchos siglos antes de su propia época, una concepción del universo expresada a través del simbolismo binario del *yin* y el *yang*, fue acaso la confirmación de la idea, manifestada en muchos otros pasajes de su extensa obra, de la unidad original del género humano. En su *Introducción al estudio del Yijing* (I Ching), Jordi Vilá escribe: “El concepto del *yin* y

NOMBRE	FIGURA	NOTACIÓN BINARIA
Cielo 乾		7
Tierra 坤		0
Trueno 震		1
Agua 坎		2
Montaña 艮		4
Viento 巽		6
Fuego 離		5
Lago 兌		3

Figura 4

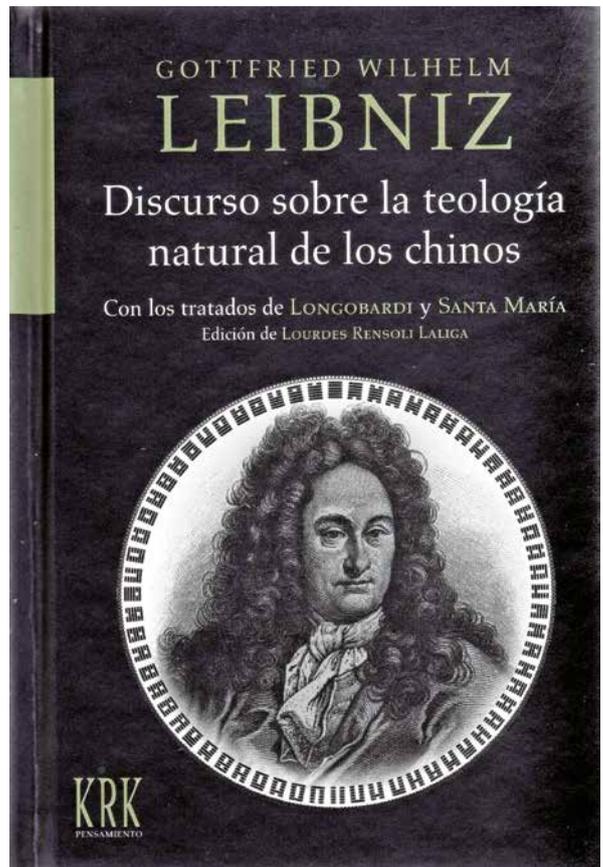


Figura 5

La primera revelación de la magia binaria acaso ocurrió cuando un legendario emperador chino, muchos siglos antes de la llamada “era cristiana”, descubrió un diseño de líneas enteras y partidas dibujado en el lomo de un caballo-dragón, o contempló las grietas irregulares que el fuego iba modelando en el caparazón de una tortuga.

el *yang* es una de las aportaciones más universales de la cultura china, que considera este binomio el mecanismo que mantiene el equilibrio de un sistema. *Yin* y *yang* no son, en absoluto, fuerzas primarias ni poderes cósmicos, sino “utensilios” de clasificación” (Vilá, 19). Leibniz contempló en esa antigua paridad la equivalencia perfecta del sistema numérico en el que trabaja-

ba desde su juventud. Para el sistema binario explorado por Leibniz, *yin* era el cero; *yang*, el uno.

Así, si imaginamos una fila innumerable de líneas *yin* (0), y luego la aparición de una sola línea *yang* (1), a partir de ese punto de la fila, el desplazamiento del 1 hacia la izquierda irá generando toda la serie de potencias del 2 (Figura 4).

Igual que los símbolos utilizados por Leibniz en su sistema binario, la dualidad china no corresponde a elementos opuestos, contrarios, sino a una síntesis que abarca la totalidad: lo que *es*, pero también lo que *no es*, acaso la posible, anhelada, inescrutable e inconcebible *Mónada* que la humanidad apenas barrunta en divinidades menores, torpes, celosas y vengativas.

Leibniz publicó sus reflexiones en las *Memorias* de la Academia de París, en 1703, con el título de *Explication de l'arithmétique binaire, qui se sert des seuls caractères 0 et 1...* y sabía que la modalidad binaria era la mejor para operar su máquina de cálculo, aunque también se dio cuenta de que los problemas que planteaba su construcción no podían resolverse en su época.

La lista de máquinas que han funcionado gracias al principio “activo-inactivo” del sistema binario incluye el tejedor de seda de Joseph Jacquard y el motor de diferencias de Charles Babbage, hasta llegar a la *máquina universal* de Alan Turing, “el prototipo teórico de todos los ordenadores electrónicos del mundo”. Pero la primera revelación de la magia binaria acaso ocurrió cuando un legendario emperador chino, muchos siglos antes de la llamada “era cristiana”, descubrió un diseño de líneas enteras y partidas dibujado en el lomo de un caballo-dragón, o contempló las grietas irregulares que el fuego iba modelando en el caparazón de una tortuga.

La antigua sabiduría china actuó con sensatez: creyó que 64 combinaciones de 0 y 1 ($2 \times 2 \times 2 \times 2 \times 2 \times 2$) bastan para que las mentes de los hombres se orienten a través del espacio y del tiempo; estimó que ese preciso número de permutaciones de líneas *yin* y *yang*, invocado por medio de propicios rituales con la ayuda de tres monedas o 50 tallos de milenrama combinados al azar, puede mostrar intersticios que permiten vislumbrar el futuro. Pero la curiosidad, la ambición, la inventiva y el genio de Jacquard y Babbage, de George Boole, Bertrand Russell y Kurt Gödel, de János von Neumann y Claude Shannon, han logrado muchas cosas más, como la construcción y operación de estos miles de millones de artefactos que desparan campos electromagnéticos

por todo el planeta, inundándolo sin fin con inacabables combinaciones del 0 y el 1, que *por ahora* me permiten la ilusión de plasmar mis pensamientos en una luminosa pantalla, pero acechan, y tal vez avanzan, en la irrefrenable misión de diseñar y gobernar nuestro destino, desde la banalidad de mi última sesión de Facebook hasta el descubrimiento del bosón de Higgs que, *por ahora*, aparece como la última escala de ruta en el camino que lo mismo puede conducir a Dios (1) o a la Nada (0).

Nota sobre algunas lecturas

Hacia 1979, el famoso físico Richard Feynman dijo en una entrevista que concedió a la revista *Omni*: “No sé nada, pero lo que sé es que todo es interesante si te adentras lo bastante en ello”. Queda claro que aquí (y en cualquier otro lugar) no “me he adentrado” lo bastante en Leibniz, ni en China, ni en el enigmático *Libro de los cambios*. Las primeras referencias que tuve del *I Ching* las encontré en *Recuerdos, sueños, pensamientos* de Carl Gustav Jung, lo que motivó la búsqueda de la traducción al inglés del clásico chino que Cary F. Baynes había realizado a partir de la versión alemana de Richard Wilhelm, teólogo y misionero que, en palabras de Jung, “era una auténtica personalidad religiosa de visión amplia y clara”, poseedor de “la capacidad de adaptarse incondicionalmente a la postura

de la manifestación de un espíritu extranjero y transmitir todo el milagro de la intuición, lo que le capacitaba para hacer accesible a Europa los valores espirituales de China” (Jung 2001, 441).

Hacia finales de la séptima década del siglo xx (los “sesenta”), no era posible encontrar una buena, confiable traducción al español del *I Ching*. Ahora existen varias. Anoto la misma versión de Wilhelm, debida a D. J. Vogelmann, para la que Jorge Luis Borges escribió el soneto *Para una versión del “I King”* (Hermes-Sudamericana). Por su parte, Atalanta ha publicado *El libro de los cambios, con el comentario de Wang Bi*. La lectura de *Leibniz. Una biografía* de E. J. Aiton (Alianza Editorial) y de *El hereje y el cortesano. Spinoza, Leibniz y el destino de Dios en el mundo moderno* de Matthew Stewart (Biblioteca Buridán) han sido magníficos estímulos para la redacción del breve texto que aparece en este número de *La Palabra y el Hombre*. Solo deseo añadir que hacia el final de su vida, Leibniz trabajaba en un *Discurso sobre la teología natural de los chinos* que no pudo terminar, mismo que permaneció prácticamente ignorado (como la mayor parte de su obra), y que hoy es posible conseguir gracias a KRK Ediciones (Figura 5). **LPyH**

Guillermo Cuevas es músico y escritor.